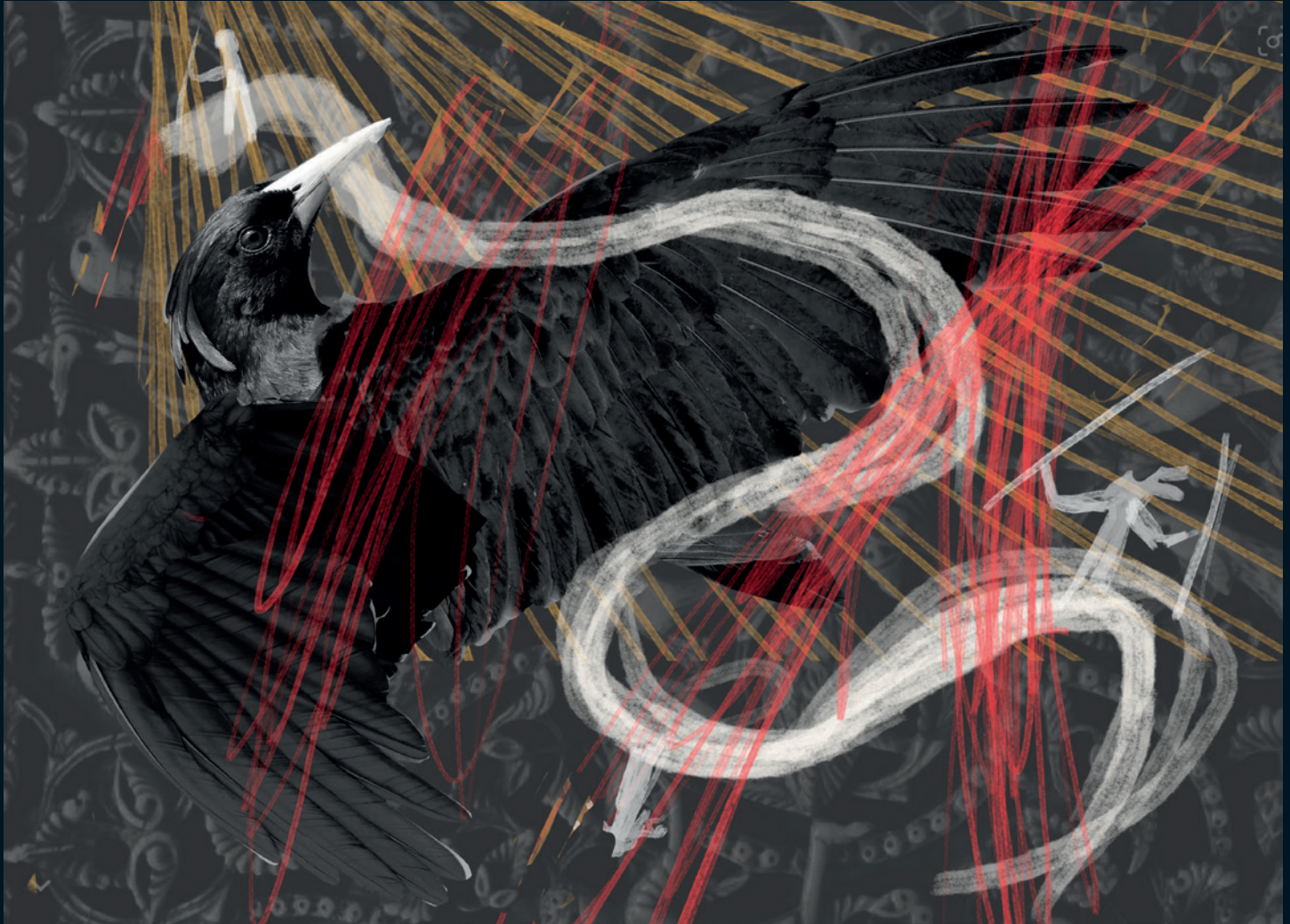


x. DIBUJANDO LETRAS



© Sara Herrera Fontán | Sin título | Boceto digital | 2023



© Sara Herrera Fontán | Sin título. De la serie "Un sueño" | Grafito y acuarela sobre papel | 63x100 cm | 2019

Notas sobre “Horacio... como el poeta”



MIGUEL ANTONIO HUERTAS SÁNCHEZ *



CÓMO CITAR: Huertas Sánchez, Miguel Antonio. “Notas sobre Horacio... como el poeta”. Desde el Jardín de Freud 23&24 (2025): 283-3.4, doi: 10.15446/djf.n23-24.124781.

* e-mail: mahuertass@unal.edu.co

© Obra plástica: Sara Herrera Fontán

Como otras muchas cosas en mi vida, también hice mis estudios doctorales tarde. A veces pienso que tal vez yo sea uno de los últimos estudiantes de doctorado que pudo tomarse ocho años para realizarlo: hoy hasta se habla de doctorados de tres años. Cuando los terminé y hubo pasado un tiempo de decantación, empecé a decir a mis amigos: esto fue como haber hecho psicoanálisis y haberlo terminado.

De hecho, son dos procesos que inicié cercanamente en el tiempo. A veces, en el pasado, había tenido la intuición de que todo el mundo debería hacer psicoanálisis alguna vez en su vida y de golpe me vino la idea de que había llegado ese momento. Un poco más adelante, se abrió el primer doctorado en artes en la Universidad Nacional de Colombia, en donde trabajo hace ya treinta años y lo sentí como la oportunidad de llevar a cabo una cita no cumplida con el pasado: estudiar la historia de la Escuela Nacional de Bellas Artes, que la intuición —nuevamente ella— me señalaba como importante.

En efecto, lo era. Y más de lo que podía prever al comienzo. Terminé haciendo una genealogía de la institución de poder que ha modelado nuestras maneras de pensar desde hace siglos, de una manera tan esencial que constituye la estructura invisible de nuestros discursos: la Academia.

Fue un proceso vertiginoso. Los años pasaron sin que los sintiera casi. Encontré las raíces, las oscuridades y claridades, las estrategias, las bases de lo que nos constituye socialmente, no solamente en las maneras como pensamos, sino también como sentimos y como nos definimos. Puedo decir que tuvo momentos de descubrimiento apasionantes y, por momentos, aterradores y, otra frase que uso mucho para describir ese proceso, logré dibujar el rostro del enemigo. Logré darle nombre: *el profesor que corrige*. Y encontré el lugar específico en donde se destila la esencia del poder academicista: la clase de dibujo.

Yo, que trabajo en la academia dictando clase de dibujo I. Así, comprendí mi lugar de extrañeza; mi relación de amor-odio con esta secta a la que pertenezco y a la que intento demoler desde dentro en cada día laboral.

Eso encontré en mis estudios doctorales. No quiero dar la impresión de que la investigación haya sido un camino lineal y predecible; todo lo contrario, solamente después del final logré articular en una imagen coherente una cantidad de intuiciones, datos e impresiones. Inicié con una intuición que más o menos había tomado forma, y hacer el seguimiento de su invitación, me parecía razonablemente, debería llevarme hasta el comienzo de los años sesenta y, ahora que lo menciono, caigo en cuenta de que es el trayecto de mi vida: nací en el cincuentainueve.

Pero la indagación me exigió remontarme a la década de los años treinta con la reforma educativa de López Pumarejo y, hora que lo menciono, caigo en cuenta de que es el trayecto de la vida de mi padre: nació en el veintiocho y murió cuando yo estaba estudiando el doctorado.

Eso tampoco fue suficiente: tuve que remontarme más atrás, al final del siglo XIX cuando se fundó la Escuela. Así entendí lo que alimenta mi causa política más precisa: lo que vivimos hoy en Colombia es una guerra entre dos Constituciones: la de 1886 y la de 1991. Por esas épocas estaba activo mi abuelo materno, a quien no conocí, pero cuya militancia política (liberal, por supuesto) pudo haber sido en algún aspecto muy parecida a la mía y de quien heredé un lugar simbólico: hoy mi madre dice que yo me convertí en su padre.

Cuando creí que ya había sido suficiente y la búsqueda me daría una tregua, se abrió su parte más tremenda. Terminé estudiando los inicios de la Academia en Francia en el siglo XVII y, comprendiendo el por qué y el cómo de su origen, descubrí su actualidad en mí, en el medio en el que trabajo, en la profesión de artista que elegí. Y aún más allá: en mi forma de verme, de caminar, de comer, de amar; como esa sombra poderosa que una vez siendo niño me atacó por la espalda mientras dormía, un demonio que no podía ver.

En esa investigación me encontré con instrumentos que no imaginaba, pero de alguna manera existían desde siempre en lo que llamo un interés por la historia, que siempre asocio con la figura de mi madre: la *genealogía* como método, el sentido de la *apocatástasis*, el lugar en donde la teología se cruza con la historia, si entendí bien a Benjamin.

Hay semejanzas y diferencias entre esos dos ámbitos, el académico y el psicoanalítico; de hecho, empecé a entender mejor la resistencia de los *carteles* lacanianos a ser asimilados al mundo académico. Evidentemente, de las primeras, la más importante es, como en todo proceso de búsqueda, que la principal compañía

es la incertidumbre y la mayor pregunta versa sobre qué es eso en lo que uno está metido. Sobre las diferencias, la más evidente es que sobre la tesis la puedo describir y decir cómo y por qué la inicié, cómo se desarrolló, qué encontré con ella y en qué medida ha impactado mi vida; con el proceso psicoanalítico las percepciones son mucho más complejas, fragmentadas y de otra naturaleza. Cuando me pregunto por ese proceso, me responde la intuición, no la razón. Eso es relativamente normal para mí: es igual con el arte.

Pero en medio de todo esto, por la misma época en que empecé a indagar estas cuestiones, se empezó también a abrir una tercera vía que también representaba una especie de cita largamente aplazada y que pareciera ir más allá aún de lo ya narrado: la del mundo espiritual. Me gusta describirme como marxista, pero creo firmemente en que hay algo más que el mundo material. Cuando pienso en lo espiritual, supongo un espacio muy desconocido; no se trata de la sustancia social de la que estoy constituido, ni de los intentos de comprender cómo mi cerebro se las arregla para tener alguna comprensión de sí mismo y de la realidad, algo que, en todo caso, tampoco es mi ego.

La última semana antes de sustentar mi tesis hice algo que no había imaginado: en vez de estar preparando la sustentación, estuve por primera vez en un encuentro, suerte de retiro espiritual —profundamente físico, como debería ser— con un maestro indio, que sabiamente me recomendó mi amigo Víctor en quien deposité mi confianza para que me diera alguna guía cuando otro día me había surgido de nuevo la pregunta sobre la vida espiritual, que hizo parte de varias maneras profundas de mi infancia y había estado relegada durante un buen tiempo.

Nada de eso era, hoy estoy seguro de eso, independiente. Eran partes de un mismo anhelo de asumir la cuestión de la experiencia. No como fácilmente la tomamos los académicos: como un tema de estudio, de “documentos”, de discusiones hiper abstractas, con bibliografía y normas de indexación, sino como una cosa real, tozuda, presente, como lo suponemos los artistas y por eso le hacemos la cacería en todos los rincones y en todas las cotidianidades.

Y en esta época, mientras retorno, como parte de la programación de mi retiro de la Academia, al dibujo en su expresión más sencilla y directa y lo vuelvo un camino para la consciencia, y leo a Dussel, que magistralmente me muestra un camino que va de Marx a los primitivos cristianos, encuentro esta invitación a hablar sobre el animal. Hoy cuando todo lo que estudié me ha llevado a comprender la absoluta necesidad política de superar colectivamente esa noción de lo *humano* —patriarcal, utilitaria, racionalizante, cientifista, clasista, racista; en fin, excluyente— y militar por la recuperación de pensamientos en los que lo humano adquiera una nueva definición social (a eso llamo “hacer la revolución”), miro a mi alrededor y me digo, le digo a

Horacio: “—pongámonos en la tarea; hagamos imágenes que puedan tal vez sugerir, o territorializar o, por lo menos, darnos pistas de aquello que no tiene nombre”.

Mamá siempre tuvo gatos. Cuando llegó a vivir a mi casa iba con dos gatas. Una de ellas murió y prometió no adoptar otra, pero pudo más el deseo de que Paca, la sobreviviente tuviera compañía. Llegó Nino, enfermó y murió y, cuando ya no esperábamos que hubiera más gatos, apareció el que motiva estas notas. Mamá tuvo una muy fuerte intuición cuando lo nombró, luego de que supimos que no era gata, como lo creímos al principio. Cuando le pregunté por qué, pensando en que nunca se había mostrado de acuerdo en llamar a un animal con nombre de humano, respondió “—Horacio, como el poeta”.

En realidad, ya había hecho antes ese gesto. Desde su paso a vivir en mi casa, hará unos quince años, empezamos a tener conversaciones en las que eran recurrentes las imágenes de su infancia. Ahora que escribo esto, imagino que seguramente la extrema austeridad que vivió de niña pudo tener que ver con su actitud generosa con los gatos. Alguna vez me contó que no había tenido juguetes, entonces en diversas ocasiones le regalé algunas cosas del mundo infantil: un caleidoscopio, un pequeño muñeco de esos que se les aprieta la base y se desgonzan, al que llamó Ambrosio y la ha acompañado por varias clínicas y un gato articulado muy bonito, al que llamó, también venido del mundo del arte, Tintoretto.

Lo que sigue después de las palabras son las imágenes y la construcción minuciosa y sistemática de algo que por su naturaleza percibimos fragmentado, espontáneo y sin forma, de manera que parece más un desestructurar que un construir, que aparenta ser un conjunto de reiteraciones; indeterminado y sin orden reconocible, como las libretas con la que permanentemente dialoga un dibujante.



HORACIO... COMO EL POETA



Tintoretto,
recién reparado,
viendo televisión
con sus amiguitos



GENEALOGÍA ^{MININA} ~~MINIMA~~
al comienzo, eran Minov
y Agata, hermanas.

Dos coritas negras casi
iguales

En la casa nueva, Agata
se perdió.

Uegó Sopa, gris, barrigona

de patas largas

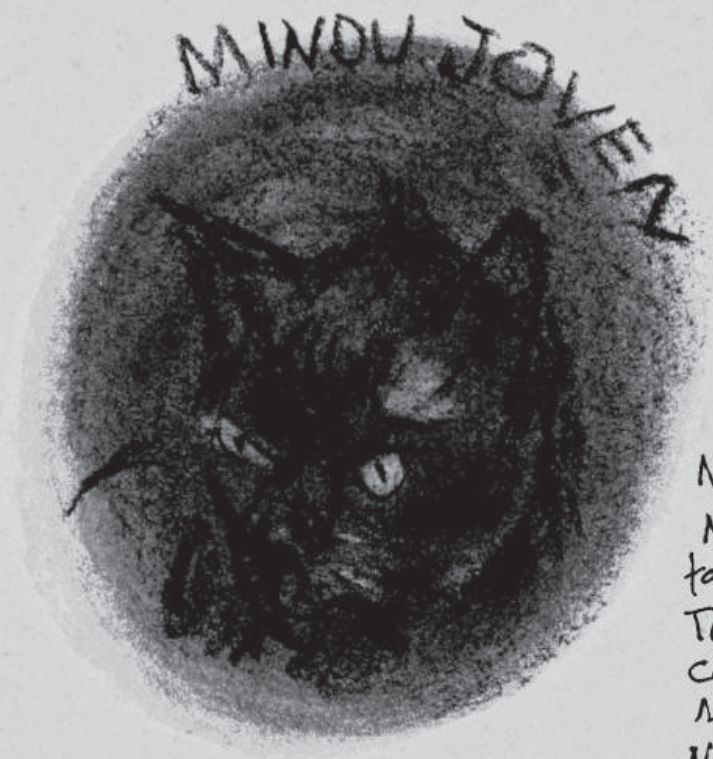
Tenia un problema en la
piel, que ella misma curó
revolcándose en la ceniza
caliente de la chimenea.



Papá había muerto.
Icaro, su última compañía, desapa-
ra reemplazarlo, Uegó una Gata
calijora, se llamó GATA.



Cuando Mamá vino a esta casa,
trajo a Gata y Ninfadora.
Gata resultó envenenada.
Mamá prometió que, si se salvaba,
le pondría nombre.
Se salvó y se llamó PACA



Ninfa era enfermiza y bravucona
 Minou, que vivió conmigo,
 también era bravucona
 Toda negra, parecía una panterita
 cuando se fue haciendo viejita,
 se le blanquearon los bigotes.
 Ninfa murió. Mamá empezaba
 a perder memorias, la recordó
 durante un tiempo.
 Clarita nos regaló a Nino. Lindo,
 amoroso. lo trajimos con Paula.
 Nino murió joven: un virus terrible.

Un día, trataron de robársela
 del jardín y le dislocaron la
 cadera. Se recuperó, pero
 quedó coja.



My Negro Holacio

Esa noche, era cosita
tan chiquita, tan
arustada, tan triste,
tan desnutrida, no
parecía tener un lugar
en el mundo.

La tomé diciendo:
lo que esta gata
necesita es una mamá
canguro y la metí
dentro de mi bazo.

Se quedó quieta
en el calor y la oscuridad
y dormió profundamente.

HORACIO

Palimpsesto

Rapsa había muerto

Mitio Matilde
había muerto

Las angonias largas
desgastan tanto.

Esa dimensión de la
vida, crepusculo de la vida
puede quite todo.

La enfermedad es una fuerza muy poderosa, y una
y extraordinaria lección de humildad.



Mami había criado
siete hijos.

Cuidado a su madre
enferma

Cuidado a su cuerpo
enfermo

Cuidado a su hermano
enfermo

Llega a casa agotada.

A un espacio negro en
mi casa he había reemplazado

Horacio

La muerte

reemplazo
que no se muera!

Vino
reencarnación
pero
tan fuerte
partido

Envejecer
rápido
¿quién
primero?

los deportes
extremos
Mirar y la
Cheveca

Horacio y las
puertas

Mami y
la inter



los machos
alta
H y go los
odiosos

animal soy!

creación
lo acaniciaba le cantó
preguntándole algo que fue su vida

LA MUERTE y los gatos

Cuando Horacio llegó,
aquí vivían dos gatos
mayores...

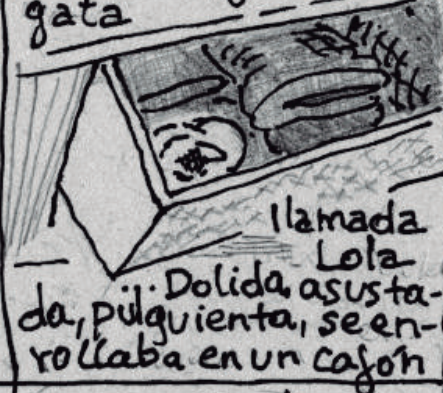
Minou - 19 años



PACA fue su gran
amor



Recién llegado, era
gata



Paca, la noble Paca,
murió dramática-
mente...



Convulsión
Violentamente
varias veces

Mamá se empeñó
en tenerla en su
regazo hasta
que se
hubiera
solo..



ELLA LA HABÍA
RESCATADO DE LA
CALLE...



Le hablaba...

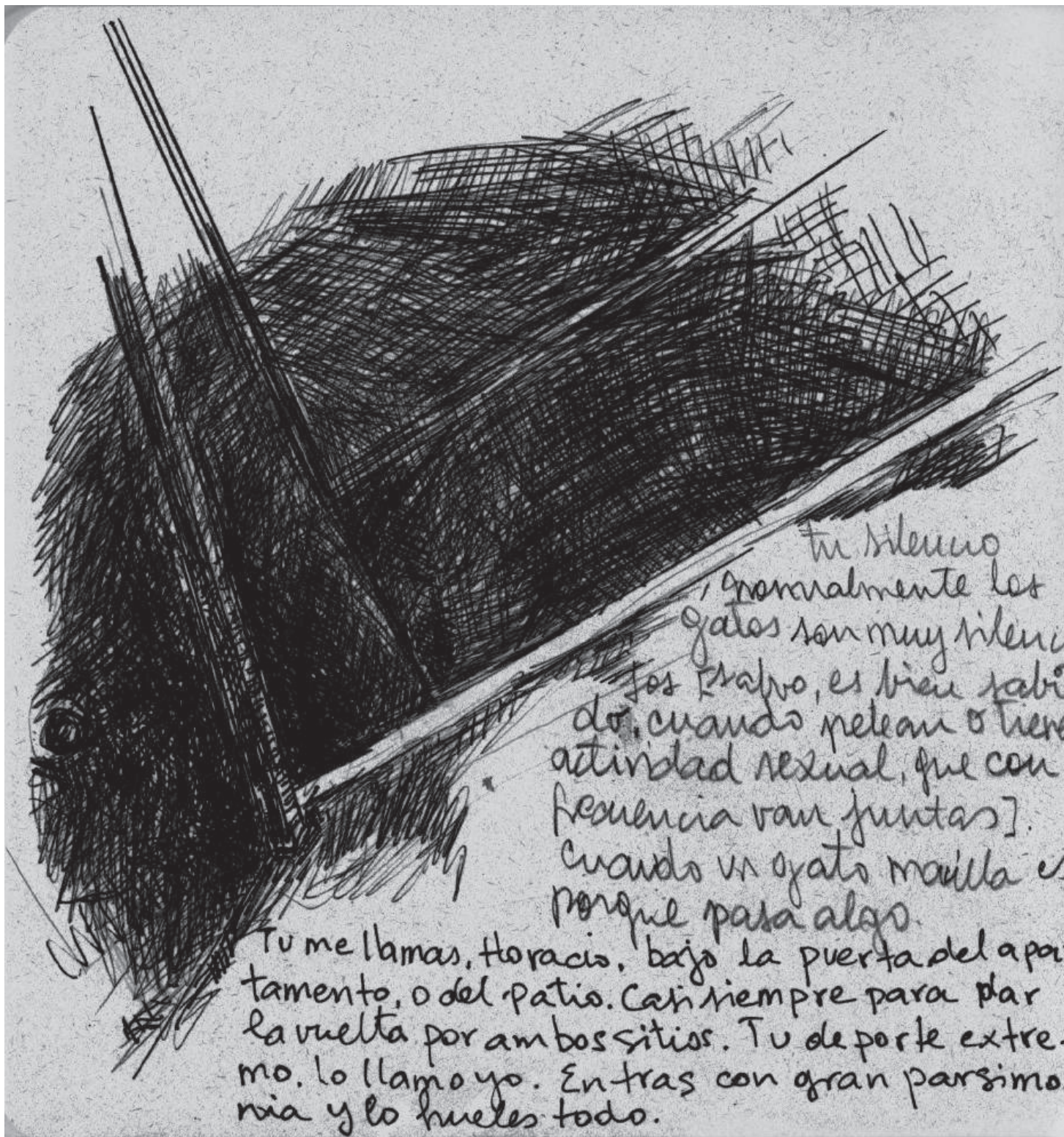
La nosotras nos
cantaba de
vínus)

Le canto
La acarició



Creo que, esa no-
che, algo murió
también en
ella

Afuera, nos cercaba
la pandemia



Tu silencio
normalmente los
gatos son muy silenciosos.
Los gatos, es bien sabido,
cuando pelean o tienen
actividad sexual, que con
frecuencia van juntos].
Cuando un gato maulla es
porque pasa algo.

Tu me llamas, Horacio, bajo la puerta del apartamento, o del patio. Casi siempre para dar la vuelta por ambos sitios. Tu de porte extremo, lo llamo yo. Entrás con gran parsimonia y lo hueles todo.

① ¿qué piensa un gato cuando
nos mira con esos ojos amarillos
que a veces parecen de reptil?



tu saludo es frotarse contra
mis pies, es extraño. todas
las mañanas me buscas.
A veces me llamas con un
maullido.

Cuando paso a visitar, te
trepas en mis hombros,
detrás de la cabeza.

Tus garras, tu peso...

Te abrazo... ¿qué es eso
en tu nariz? No tengo
las gafas puestas...

¿una herida?

¡Sí, es una herida!

No es nueva.

¡Si pudieras hablar!

hoy me buscaste con mucho
énfasis...

¿Me extrañas?

Cinco días de viaje,

Cinco días de hospital...

¿También te agobia

el T.I.E.M.P.O.?

No parece, pero sí creo que
lo sientes pasar.

Con los perros, tengo la
impresión de que, cuando
te vas, temen que jamás
volverás...

te volviste como un reloj:
cucharada de paté a
las 6:30
puntualmente la reclamas
todos los días de la vida.

LOS SECRETOS VÍNCULOS

Cuando Paca se
hubo ido, y todo
volvió a la calma,
a veces, Mamá creía
recordar:
¿Yo tuve una gata?

Y Horacio, descon-
certado, buscaba.

De pronto,
desapareció...

Estaba en el
cajón



como
cuando era
una
gatita asustada

Un día conversé
con
mi
hija
Laura



Sobre mi padre,
su abuelo

Por primera
vez, escribí
un poema:



Otro día, hacía un
dibujo con ese
poema en la
mesa de
trabajo
de
mi
hija Laura



Un malestar
extraño...



Una noche en
urgencias:

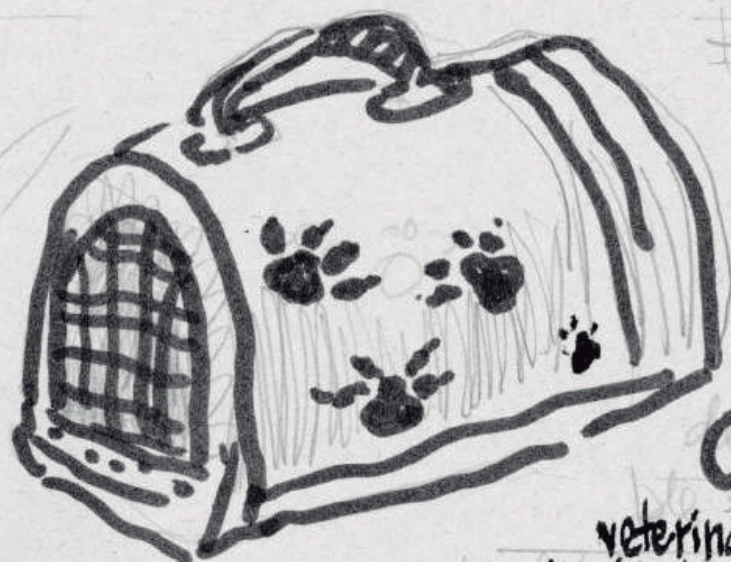


Un
infarto

Sentado allí, sólo
con frío, dolor,
tristeza...



Me vía mi mismo
como Horacito en el
cajón



Horacio: Tan grande y fuerte que es, sufrió tanto de pequeño, QUE es imposible sacarlo de la casa.

Cuando traté de llevarlo a la veterinaria, entró en pánico y estuvo a punto de destruir el quiscal.

Una vez leí que el perro pertenece al humano y el gato a la CASA.

Horacio es de la casa. Envejecerá conmigo.

Me alcanzará y me pasará, como hizo Mino, que vivió el equivalente a un siglo humano en la discreción más grande

¡MARAVILLOSA AUSTERIDAD DE LOS ANIMALES!

(¿algún día mi espíritu le alcanzará?)

es mi gato, pero no es mi gato
pero necesito mi gato
es el gato de la casa.

Cuando paso a visitara mamá, a veces
llevo una cobijita. No me gusta po-
nerme demorando.

Vuelvo de un viaje, o del hospital
¿Me extrañas?

¿Qué es para ti el TIEMPO?

¿También te agobia?

PRESEN- TE

Otro autor dice que,
para las religiones,
nuestra condición
actual se define
por "la caída en el
tiempo".

Cositas fue
peruano y no
le hubiese.

Puerta Calada

Esta tarde, un filósofo
dice que los animales

no tienen consciencia
del pasado ni del futuro



¿Tiempo fue confuso
fue sus malchismos

memoria.
pero no voy
a tomar
to-o

Un día paso a Saluda
le en la mañana. Su
cabeza en la almohada
y Horacio a su lado. Su
cara canchuta la de
ella, canchuta un beso
ruido.

a las seis, entro donde María. - Horacio
Parece nervioso, digo
- Sí, me responden, es que sabe que ya
casi es la hora del paté...



...filtra tus vinos
y adapta al breve espacio de tu vida
una esperanza larga.
Mientras hablamos, huye el
tiempo envidioso.
Vive el día de hoy. Captúralo.
No te fíes del incierto
mañana.



Me impresionas, Thoraco. No te escogí, pero
necesitaste una mamá canchus y yo
estaba ahí. No sé qué piensas. No sé si
me impresionas, Thoraco.

No te escogí, pero necesitaste una mamá
y yo estaba ahí. No sé qué piensas. No sé
si piensas, pero sí veo que sientes.

Como me confronta, y me conforta, sentir la
pureza de tu amor. Te me abalanzas y
tus garras, que podían hacerme
tanto daño, me acarician. No sé si
yo podría llegar a amar con tanta
sencillez y tanta hondura...

Solo sé que un día, en esta casa estaremos
los dos como un par de viejos. Imagino
que también te acompañaré a morir.

Si no me voy antes; en ese caso, me buscarás
infinitamente por los rincones, sin saber
que un día te dibujé y te escribí
estas cosas.

me buscabas infinitamente por
los rincones, sin saber que un
día te dibujé y escribí estas cosas.

